

rencia á que concurrieron los personajes más conspicuos de la corte y del gobierno, los cuales opinaron unánimemente que convenía ratificar el tratado, que Federico Guillermo sancionó, en efecto, el nueve de Marzo. Hasta entonces, había recomendado Napoleón á Bernadotte «no irritar mucho á Prusia»; pero de allí en adelante, se apercibió á tratarla sin miramiento ninguno, posesionándose el diez y seis de Marzo las tropas francesas de las abadías de Essen, Elten y Werden, pertenecientes á aquella potencia y destinadas por el Emperador á engrandecer el ducado de Berg. Corrían horas bien amargas para la patria de Federico el Grande. No contento con hacerle sufrir las vejaciones referidas, Napoleón, aparentando venderle amistad y protección, comenzaba á mezclarse en sus asuntos interiores y perseguía con su odio á Hardemberg, en quien sus proyectos habían encontrado alguna oposición, hasta obligar al Rey á separarle de su consejo; y por si esto no fuera bastante, Inglaterra colmaba de invectivas al gobierno de Berlín, acusándole de ser tan despreciable por lo codicioso cuanto por lo sumiso, y, sin previa declaración de guerra, menos agraviada por la ocupación de Hanóver que por el hecho de cerrar los ríos, confiscaba las naves mercantes prusianas ancladas en los puertos ingleses y disponía que los buques de su marina real hostilizaran la bandera de Prusia en todos los mares, de donde resultaron graves molestias y daños no sólo al tráfico naval prusiano, sino al de Alemania en general, que solía cubrirse con aquella bandera, como más respetada.

Con motivo de haber escrito Fox á Talleyrand denunciándole un supuesto proyecto de asesinato contra Napoleón, entablóse una correspondencia política entre los dos ministros, que pronto hubo de convertirse en formal negociación encaminada á poner término á la guerra. También Rusia envió á París poco despues á Oubril, investido de plenos poderes, aunque no tanto para ajustar la paz cuanto para discutir sus condiciones. El Emperador, con su mala fe de costumbre, trató de prevalerse de su negociación con Inglaterra para ser más exigente con Rusia, y de la seguida con esta potencia para regatear á la Gran Bretaña con sus concesiones. Sus planes, no obstante, se le frustraron. Presentábase muy difícil la inteligencia entre los gobiernos de Londres y de París, á pesar de las buenas disposiciones de Fox, cuando la muerte de este ministro hizo desvanecerse toda esperanza de arreglo; y en cuanto á Rusia, si Napoleón consiguió de Oubril, empleando alternativamente la lisonja, la amenaza y hasta la corrupción, según algunos, que firmara con carácter provisional el proyecto de tratado que le propuso, el Czar rehusó desprecia-tivamente prestarle su asentimiento.

A tenor del tratado que ratificara Federico Guillermo el nueve de Marzo, Prusia adquiriría en plena propiedad el electorado de Hanóver; mas esto no fué obstáculo para que Napoleón, en sus negociaciones con Inglaterra, ofreciese restituir al rey Jorge este territorio. Súpose el hecho en Berlín, y se vió claramente que era imposible vivir en paz con hombre tan desleal y falto de escrúpulo. Otras varias causas contribuyeron posterior-

mente á aumentar el enojo de Prusia, que tantos motivos tenía para estar quejosa de su pretendido aliado. Este, en efecto, había rehecho no sólo á sus espaldas, sino contra ella, la Confederación germánica; en su afán de restaurar á su manera el Imperio carolingio. No se le ocultaban en modo alguno á Napoleón los sentimientos que su conducta debía provocar en Berlín, pero creía poder neutralizarlos por medio del temor. Su ejército ocupaba aún el mediodía de Alemania, que se negara á evacuar, pretextando haber ocupado Rusia las bocas del Cattaro en el momento de ir á posesionarse de ellas las tropas francesas, según lo convenido en una de las cláusulas del tratado de Presburgo, y en esta situación, dió á sus generales la orden de estar arma al brazo y esperó las comunicaciones del gabinete de Berlín.

La nueva Confederación, llamada del Rhin, constituyóse por un tratado provisional que se firmó en París el doce de Julio de mil ochocientos seis. Entraban á formarla quince Estados, que se declaraban separados para siempre del Imperio germánico, siendo los más importantes Baviera, Wurtemberg y Baden; reconocíase la soberanía de sus miembros en lo interior, y se la ponía bajo el protectorado de Napoleón, para quien sabido es que proteger significaba dominar. En el tratado se estipulaba la alianza perpétua, ofensiva y defensiva, de la Confederación con Francia, y cualquiera guerra en que entrase una de ellas debía ser común á entrambas, determinándose el contingente militar que correspondía sostener á los Estados confederados. El elector de Baden, el landgrave de Hesse-Darmstadt y el duque de Cléveris-Berg recibían el título de grandes Duques; el jefe de la casa de Nassau y el conde de Leyen, los de Duque y Príncipe respectivamente. La Confederación del Rhin abarcaba en sus límites los territorios situados entre los ríos Liegen, Lahn, Mein, Necker, Danubio superior é Isar, ó sea los países de Nassau y Baden, Franconia, Suabia, el Palatinado alto y Baviera. Los príncipes que tenían sus tierras entre estos términos y no se nombraban en el acta constitutiva, perdían su carácter de príncipes reinantes, siendo *mediatizados*, lo que quiere decir, que dejaban de depender inmediatamente del jefe cabeza del Imperio para caer bajo la autoridad del soberano del país en que estaban encartadas sus tierras: se les reservaron, no obstante, algunos derechos. A estas disposiciones fundamentales se agregaban otras concernientes á la repartición de los despojos, compuestos de la Suabia austriaca, de los dominios de la nobleza inmediata y de los Estados que pertenecieran á los príncipes mediatizados, consiguiendo Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesse-Darmstadt y Nassau la extensión que, en lo esencial, conservaron en lo sucesivo. En fin, Ratisbona fué dada á Baviera, como también la ciudad libre de Nuremberg, en pago de algunas tierras del Tirol, cedidas por ellas al rey de Italia, debiendo la nueva Dieta celebrar sus sesiones en Francfort.

Tal fué el famoso tratado de la Confederación del Rhin, la cual venía á concluir con el Imperio germánico, que remontaba su existencia á la coronación de Carlomagno en el

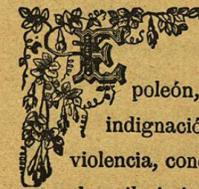
año ochocientos, y cuya disolución proclamó Francisco José el seis de Agosto siguiente, en un discurso conmovedor, impregnado en ideas nobles y elevadas. El monarca austriaco había tomado dos años antes el título de Emperador de Austria. Creando la Confederación del Rin se asestaba un golpe terrible á Prusia, pudiendo traslucirse el móvil que presidió á su origen en el sospechoso secreto con que se siguieron las negociaciones preliminares. Aun, no obstante, habría disimulado sus resentimientos aquella potencia, si nuevos hechos no hubiesen puesto de relieve la doblez con que procedía el Emperador de los franceses. Había éste propuesto á la corte de Berlín la formación de otra Confederación del Norte, y Federico Guillermo se apresuró á acoger la idea, gozando de antemano con el buen efecto que su ejecución había de producir en sus súbditos, hartos ya de humillaciones; pero al intentar darle forma práctica, tropezó con tantos entorpecimientos que nada pudo concluir en definitiva. Sajonia y Hesse, protestando de su buena voluntad, le opusieron razones dilatorias, y pronto se averiguó de dónde provenían los obstáculos. Su autor era Napoleón, que trabajaba bajo cuerda valiéndose de seducciones, promesas y amenazas para atraer al elector de Hesse á su sistema de alianza con la Alemania del Sur, al tiempo que prohibía á las ciudades anseáticas entrar en la Confederación del Norte. Murat no se recataba de hablar de su futuro reino; Augereau, acampado en Anspach con su cuerpo de ejército, brindaba públicamente por el éxito de la futura guerra contra Prusia, y Napoleón mandaba fortificar el Wessel, cuya ocupación se había verificado en los momentos mismos que Bascher declaraba solemnemente en la Dieta de Ratisbona, en nombre del Emperador, «que los límites de Francia no avanzarían nunca más allá del Rin». Finalmente, llegó á Berlín el cinco de Agosto un despacho de Lucchesini anunciando, como antes indicamos, la frescura con que Napoleón ofrecía á Inglaterra el territorio de Hanóver. Con esto se colmó la paciencia de Prusia; Federico Guillermo ordenó movilizar su ejército.

De modo que, apenas disuelta la tercera coalición, á costa de tanta sangre, con las victorias de Ulma y de Austerlitz, iba á surgir otra nueva, promovida por el pueblo que había sido recompensado de sus grandes servicios á la causa napoleónica con crueles afrentas é intolerables vejaciones. Y, sin embargo, Francia estaba necesitada de reposo; su situación interior era lamentable al extremo que, en el invierno de mil ochocientos cinco á mil ochocientos seis, había habido una crisis económica, que produjo sinnúmero de catástrofes. Pero Napoleón no obedecía á más ley que su egoísmo, el cual extraviaban insensatas aspiraciones, y al tiempo que lanzaba á su patria á nuevas guerras, remachaba en lo interior las cadenas de su servidumbre haciendo publicar un catecismo, aprobado por el legado de Caprara, no obstante la prohibición de la Santa Sede, en el que casi se divinizaba su persona.



## CAPITULO SÉPTIMO

De Jena á Tilsit.



El pueblo prusiano no se mostraba tan manso y sufrido como su gobierno ante las repetidas ofensas de que era objeto por parte de Napoleón, de manera que, al conocerse el nuevo estado de ánimo del monarca, la indignación contenida por espacio de tanto tiempo estalló con extraordinaria violencia, condenándose unánimemente la política de paz á todo trance que causara el envilecimiento de la nación. Ya en Mayo anterior, el ministro de Hacienda, Carlos Stein, había hecho llegar á poder de la reina una memoria, donde se formulaban duros cargos contra «las impuras y débiles manos á que estaba confiada la dirección de los negocios extranjeros, siendo de temer, se decía, que si continuaban manejándolos concluirían por acarrear «la disolución del Estado ó la pérdida de su independencia», y estas patrióticas exhortaciones recibían ahora el impulso incontrastable del sentimiento popular. Napoleón, tanto en Italia como en Austria, no había encontrado en su camino sino Estados cuyos disgregados elementos apenas poseían la noción del amor patrio, y en los cuales, detrás del gobierno, había solamente individuos, ó á lo más, provincias, de suerte que, vencidos sus ejércitos, el país se le entregaba; en Prusia, por el contrario, detrás del Rey estaba el pueblo, un pueblo homogéneo, instruido, inteligente, orgulloso de las grandes cosas ejecutadas en tiempo de Federico II, resultando de aquí que, bajo tal respecto, en vez de tener Francia sobre Prusia la superioridad á que debiera en buena parte sus maravillosos triunfos, necesitaba vencer la fuerza de donde aquella se derivaba. Un en-